



XII.

Vistas, paisajes y cuadros pintorescos finlandeses.

LA única persona a quien yo envidio a ratos en el mundo, es un gallego natural de Viana del Bollo y casado con una sevillana preciosísima, Gloria Bermúdez; y no le envidio la mujer, sino la facilidad que Dios le dió para describir todas las cosas. «Ceferino Sanjurjo», poeta descriptivo, reza la tarjeta de este hombre feliz, dado a conocer por Armando Palacio Valdés, en su novela «La hermana San Sulpicio» y recordado por mí siempre que cojo la pluma para describir algo y la suelto sin haber descrito nada. Sin duda, tengo atrofiada la circunvolución cerebral donde habita el genio de las descripciones, porque de otro modo no me explico que teniendo dos ojos perfectamente sanos, una memoria fiel y una voluntad decidida, no me sea posible dar cuenta de lo que veo.

Un amigo mío, que me trata con mucha confianza, me ha llamado seriamente la atención acerca de esta debilidad de mis facultades descriptivas:—«Casi siempre empiezas bien,—me dice—

pero a las pocas líneas te tuerces y en lugar de decirnos lo que ves, nos dices lo que piensas sobre lo que ves; lo que tú nos envías no son impresiones sino opiniones; las impresiones te las guardas para mejor ocasión. Los lectores que hayan tenido la paciencia de leerte, han perdido el tiempo y no tienen idea de lo que es ese país; tienen ideas teóricas sobre los habitantes, pero desconocen la manera de vivir exteriormente, cuando por ejemplo, la temperatura es de 20 o 30 grados bajo cero, cuando el sol no alumbra o cuando nieva varios meses seguidos. Allí debe ocurrir algo curioso y digno de mención, algo más interesante para un meridional que todo lo que llevas escrito hasta ahora». Ante quejas tan fundadas, he tenido que someterme e hilvanar esta carta, que será descriptiva hasta el punto que mis fuerzas la consientan.

El frío. Voy a sorprender a mis lectores diciéndoles que aquí no hace frío. Dentro de las casas se vive en perpetua primavera, y en la calle envuelto en pieles suda uno más que en verano. Sólo la cara, que tiene que ir al descubierto, se resiente de las caricias un tanto brutales de la nieve y el viento. De diez grados para abajo, la barba se hiela y la cara se adorna con un marco de estalactitas; cuando se vuelve a casa después de pasear un rato, de cada pelo cuelga un carambano y al sacudirse suena uno como una araña de cristal. A los 20 grados lloran hasta las personas menos sensibles y hay que tomar precauciones contra la congelación. En el interior y al norte del

país donde los fríos son más intensos y persistentes, ocurren desgracias todos los años. En los casos de congelación, si no se acude a tiempo con frotaciones de nieve y se presenta la gangrena, hay que amputar las partes congeladas: las narices y las manos son las que corren mayor peligro.

En las ciudades, con los medios de que se dispone para luchar contra el frío, los inviernos son agradables. Los días de frío fuerte son contados y pasan antes de que se los sienta; la temperatura corriente de 10 a 12° bajo cero, convida a pasear y a hacer excursiones en trineo por los campos cubiertos de nieve, o por los mares helados. Un finlandés me decía que no sabía lo que era pasar frío hasta que se fué un invierno a Niza, a lo cual le contesté yo que los únicos inviernos en que yo no había sentido ningún frío, eran los dos pasados en Finlandia. Aquí tienen termómetro hasta los pobres de solemnidad y se sabe que hace frío porque el termómetro lo dice; la gente se abriga más o menos según baja o sube la temperatura. Aún no he visto tiritar a nadie.

A mí me sirve de termómetro mi «staederska», mi pasante; cada día se presenta de un modo diferente; con pañuelo en la cabeza; con pañuelo y mantón; con chaquetón de cuero o con capotón de pieles y gorro, que le tapa hasta las orejas; son cuatro o cinco gradaciones termométrico-indumentarias. A veces llega con un brazado de leña para prepararme el baño y casi cubierta de sudor, me dice: hoy hace mucho frío; 12° bajo cero.

Lo que angustia más no es el frío, es la falta de sol; más luz da el suelo nevado que el cielo gris, triste como el rostro de un mudo; a veces una mancha rojiza marca el sitio por donde el sol quiere asomarse; algún día el sol luce al fin; pero sus rayos no calientan ni dan vida al paisaje, siempre silencioso, solemne.

La primera impresión que me produjo este país, fué de tristeza. Llegué en invierno y los campos, como los lagos, como el mar, estaban sepultados bajo la nieve; acá y allá, residencias veraniegas cerradas y viviendas de labradores, casas de madera pintadas de rojo muy oscuro; de tarde en tarde, grupos de casas, aldeas, de aspecto pobre, y en algunas, no en todas, iglesias tan sencillas como las casas. El hombre pasa sin dejar apenas rastro. Se le ve caminar pesadamente con los brazos caídos y a lo lejos parece, más que un ser humano, un topo que sale un momento de su topera; sus pisadas forman en la nieve sendas tan tristes y solitarias como las que van por entre los sepulcros en los cementerios.

En las ciudades, el poder nivelador y destructor de la nieve, se halla hasta cierto punto contrabalanceado por otro poder muy prosaico pero muy benéfico, el de los barrenderos innumerables que barren las calles continuamente y las tienen más aseadas que las de aquellas otras poblaciones donde cae agua en vez de nieve y no se puede dar un paso sin llenarse de barro hasta las rodillas. Pero noto que empiezo a torcerme y que en lugar de

escribir estoy aludiendo a la mayoría de los Ayuntamientos de España.

La primavera es un período de combate. La naturaleza no se va despertando poco a poco, sin esfuerzo ni violencia; sino que de la muerte renace a la vida con maravillosa pujanza. Antes que el sol derrita por completo la nieve, yá está el labrador labrando sus campos; todo crece como por arte de encantamiento; las hojas, las flores y los frutos, se atropellan por salir en busca del sol, como si temiesen no llegar a tiempo; y en medio de esta orgía, de este despliegue de fuerzas acumuladas durante largos meses de letargo, sigue flotando en el aire la serenidad, la calma, el silencio de los días invernales.

En un libro de extremada delicadeza, en el «Trésor des Humblés», ha descrito Maeterlinck en frases sutiles, casi vaporosas, el alma de los niños, predestinados a morir en los primeros años de la vida. Él los distingue de los demás en cierto aire de tristeza, que les nubla el semblante; cree ver en ellos signos misteriosos de esa ineluctable predestinación. Findandía es como esos niños; el espíritu del país es siempre triste; en invierno, vaga solitario sobre planicies blancas, inacabables, sin hallar donde acogerse; en verano, lleva consigo el presentimiento de un próximo fin. Hay un período de muerte y otro período de vida; y en la lucha entre ambos, la muerte es la que triunfa, es la que imprime carácter al territorio, porque ella es lo sustancial, lo permanente, lo verdaderamente eterno. Cuando empieza a caer la

nieve, la atropellada vida estival, disparada como castillo de fuegos artificiales, se desvanece; dejando tras de sí por testigos, los árboles convertidos en esqueletos.

Cuando la nieve se va, queda el agua. Finlandia es un país que va naciendo conforme se va retirando el mar; aún no ha acabado de nacer. El suelo muy quebrado, rocoso y la vegetación desigual que de él brota, despiertan a veces, como en los casos de atavismo, el recuerdo de una vida submarina. Lo característico del paisaje, es la alianza de la tierra y el agua; el litoral no es recortado, sino que al concluir la tierra firme hace aún asomadas en el mar; todas las costas están sembradas de archipiélagos. En el interior hay también pequeños mares con sus grupos de islas. Finlandia es el país de los mil lagos; muchos de ellos forman a modo de sistemas ácueos con sus núcleos centrales y son vías de excelente comunicación, entre las diversas partes del territorio. Son innumerables los rápidos canales y cataratas, algunos muy visitados como los de Imatra y Vallinkoski o los diques naturales, como el celebrado de Punkaharju, que separa los lagos de Saima y Puruvesi.

Sometido a la influencia de este medio semi-líquido, el findandés es el hombre más acuoso de Europa; su color es algo aguanoso; su cabello es por lo general rubio húmedo (si se me permite inventar este matiz); sus ojos serenos y poco expresivos, tienen algún parentesco con los de los peces; y por su afición a remojarse el cuerpo merece ya, francamente, ser clasificado como un

bimano del orden de los anfibios. Hay baños que duran tres y cuatro horas y en los que se saturan de agua hasta las partes más recónditas del organismo; en el campo se bañan las familias en masas: el abuelo y la abuela; el padre y la madre; los hijos y las hijas, y, si los hay, los nietos y biznietos, sin distinción de sexo ni edad; todos en cueros vivos, formando cuadros candorosos paradisiacos; en las ciudades no es esto posible; pero queda aún la respetable institución del baño para hombres, servido por señoritas bañeras y en el campo se ha perdido también la pureza de las costumbres patriarcales y ha caído en desuso una práctica muy loable; al llegar a una casa un huésped, el primer agasajo que recibía era el baño; la señora de la casa cogía por su cuenta al recién llegado, le conducía al cuarto donde el baño estaba dispuesto, le desnudaba y le escamondaba hasta dejarle más limpio que una patena. Yo encuentro la usanza filantrópica y filosófica en alto grado. Cristiano es «dar de comer al hambriento» y «dar de beber al sediento»; ¿por qué no ha de serlo también «limpiar al que está sucio», sobre todo estando el agua tan a mano como aquí está por todas partes?

Finlandia es triste; pero su tristeza engaña al hombre y le hace creer que vive contento. El período de las nieves es propicio para soñar aletargado, como reptil que hace su laboriosa digestión, y al salir del letargo, se cae en la embriaguez de los días interminables en que el sol apenas se ausenta, en que desde el lecho, por las ventanas de par en par, ve uno desvanecerse las luces del crepúsculo

vespertino, cuando surgen por Oriente, las de la aurora. Entre el letargo y la borrachera corre veloz el tiempo y vive uno feliz; sólo turba esta tranquilidad la idea vaga de una vida más enérgica. La gente del país tiene acaso el presentimiento de esa vida; pero el meridional tiene fijo el recuerdo, que a veces asalta violentísimo y produce la incurable nostalgia. A mí me asaltó en la primavera, que es la época de las invasiones; los mercaderes ambulantes, muchos de ellos tártaros, llegan con sus telas orientales, árabes y persas; yo compré un tapiz tártaro fabricado en... Silesia. Los alemanes se pintan solos para estas bromas de la industria. Luego vienen los italianos.

Un vendedor de estatuas de yeso se mete por las puertas diciendo: io sono toscano, signore, y me obliga a comprarle los sempiternos Paolo y Francesca. Hay que proteger al arte. Una bandada de organilleros se desparrama por la ciudad; yo recibo diariamente la visita de uno, al que acompaña un mono muy travieso. Cuando el primer día entraron por mis ventanas las notas destempladas y chillonas de «La donna e móbile»—ríase el que quiera pero lo cierto es que me dió un vuelco el corazón. Entonces comprendí lo que era vivir en este extremo Norte; entonces comprendí que este país me tenía engañado con una vida feliz, aparente. A uno de estos organilleros que tocaba una canción del Tirol, le alargué un día, al pasar, una moneda; el viejo y desmedrado artista miró con ojos de deseo, pero continuó impávido dando vuel-

tas al manubrio, con la misma fe con que debe de acompañar el violín, Sarasate.

Yo aguardé prudentemente a que acabase su faena, le dí la moneda y al marchar me dije para mis adentros:—Si fuese capaz de dar vivas a algo o a alguien, hubiera gritado ahora: ¡Viva Italia!



XIII.

Donde el corresponsal resuelve a su modo la tan debatida y manoseada cuestión de la reforma universitaria.

EN una de las preciosas cartas que mi amigo Gabriel Ruiz de Almodóvar ha publicado no há mucho en *El Defensor*, soy por equivocación, consultado acerca del problema irresoluble de la enseñanza oficial. Almodóvar se dirige a los peritos y cree que yo lo soy. Para convencerle de que se equivoca y para corresponder a la atención que ha tenido conmigo, dedicándome su epistolario, voy a explicar un plan completo de reformas, que por adelantado sé que ha de acabar de desacreditarme a los ojos de las personas sensatas.

Al leer la palabra plan hay yá quien se figura que voy a desenvainar un proyecto de ley con 500 o 1.000 artículos y un haz de reglamentos complementarios. No hay que asustarse; pues en sustancia se reduce a estos tres puntos:

1.º Las Escuelas de Bellas Artes quedan incorporadas a las Universidades.

2.º En las Universidades se darán funciones públicas, científicas y artísticas.

3.º Los fondos recaudados por este concepto serán destinados al fomento de la enseñanza.

Algunos amigos míos que creen que cuando yo escribo lo hago sólo para dar una broma a mis lectores, dirán:—Ya pareció aquello! El corresponsal quiere convertir en teatros las Universidades. ¿Háse visto mayor desenvoltura? Y yo contesto:— Quien en realidad da un bromazo al país es el ministro, que puesto de gran uniforme, sube a la tribuna parlamentaria y lee una Ley de Instrucción pública, con arreglo a los últimos adelantos pedagógicos. En España no quieren convencerse de que una ley sirve sólo para regular lo que ya existe con arraigo, nunca para crear nada nuevo. La creación es obra individual o corporativa; la ley es obra social y viene o debe venir mucho después. La reforma universitaria (y como ésta la de la enseñanza en general) está en las Universidades, no en el Parlamento; y lo que hace falta no son legisladores, sino hombres de acción y de sentido común que empuñen los zorros y sacudan el polvo a todos los organismos e instituciones.

Las Universidades están sometidas a un poder centralizador, es cierto; más no hay centralización tan estrecha que no deje resquicios por donde asome la iniciativa individual. El hacha corta el árbol; pero después salen los retoños, si el árbol no estaba muerto. ¿Dónde están las iniciativas de las Universidades, la promesa de que serían mejores si gozaran de su autonomía? Nuestras Univer-

sidades son edificios sin ventilación espiritual. La ciencia que en ellas se recoge es nociva porque no sirve para crear obras durables, sino para armar el brazo de los pretendientes. De aquí mi idea de limpiar y ventilar, abriendo las puertas para que todo el mundo entre y contribuya con su presencia y con su bolsillo, a implantar de hecho la reforma universitaria.

Las Universidades que aspiran a ser Escuelas de saber, no se contentan con enseñar rutinariamente cierto número de asignaturas, y dejar luego que los alumnos, los buenos y los malos, vuelvan las espaldas y se retiren con el título enrollado bajo el brazo. En el ejército es, y el soldado que sale con su licencia en el canuto, queda obligado a acudir en caso de llamamiento. Una Universidad debe conocer a sus alumnos, escoger a los que valen, y dirigirlos, auxiliarlos para que completen sus estudios universitarios, con otros especiales en que la aptitud, la iniciativa, el esfuerzo individual obren con más desembarazo. Y para que esto ocurra no es necesario aumentar el número de aulas, ni el de asignaturas, ni el de profesores, sino estrechar más las relaciones entre maestros y discípulos, disponer de fondos y distribuirlos con inteligencia y con justicia.

Si se consignara en el Presupuesto del Estado una cantidad para pensiones de estudios, bolsas de viaje y premios, no se adelantaría gran cosa; porque al venir el dinero de Madrid vendría con él la lista de recomendaciones. En vez de enviar a Oriente a filólogos aptos para el estudio de las lenguas Orientales, o a las clínicas más adelantadas de

Europa a alumnos escogidos de la Facultad de Medicina, enviaríamos a viajar de balde a unos cuantos paniaguados, que no sólo no harían nada bueno, sino que desacreditarían la Universidad que les subvencionase. Todos sabemos lo que son en España las comisiones que costean los Ministerios: no es necesario insistir en este punto.

Para que una Universidad emplee bien el dinero tiene que ganarlo ella misma, y para ganarlo tiene que trabajar en algo que esté en consonancia con sus fines. ¿Qué inconveniente hay en que se extienda el campo de operaciones; en que se atraiga al público y se le instruya, deleitándole, como recomendaba Horacio, y sacándole los cuartos, como recomienda el positivismo cruel de nuestros democráticos tiempos? Ninguno. Un alumno paga su matrícula; un espectador paga su entrada. Hay profesores y discípulos y local. Todo cuanto hace falta para poner manos a la obra.

Y a mayor abundamiento, para que a los experimentos científicos y a las representaciones de comedias clásicas acompañen los conciertos musicales y corales, se podría incorporar a la Universidad la Academia. Esta función quitaría a las Universidades el aspecto de sequedad que hoy tienen, infundiéndolas con el arte vivo, un espíritu más amplio y fecundo, y destruiría ciertas desigualdades irritantes o que por lo menos a mí me irritan; por ejemplo, que un abogado ramplón mire por encima del hombro al violinista que sale de la Academia y que para vivir tiene que tocar mediante unos cuantos ochavos allí donde la ocasión se le presenta.

Tenemos la manía de separar, cuando por nuestro carácter indisciplinado, debíamos esforzarnos para unir. En el ejército se ha procurado combatir las exageraciones del espíritu de cuerpo creando la unidad de procedencia; en las carreras civiles podría hacerse mucho, si no se topara con la idea preconcebida, absurda, de que cada localidad debe tener un centro docente aunque sea por completo inútil. De las Universidades belgas salen notabilísimos ingenieros; si yo propusiera la incorporación de las Academias de Ingenieros a las Universidades, dirían que no estaba en mi sano juicio. En esta Universidad de Helsingfors no ven inconveniente en que en un mismo local se enseñe Teología por la mañana y canto por la tarde; si yo hablara de restablecer la facultad de Teología me tacharían de reaccionario; he propuesto lo del canto y me dirán que soy poco serio.

¿No será posible ensanchar un tanto el criterio mezquino, raquífico, exclusivista, con que se juzga todo en nuestro país?

Y ahora voy a explicar por qué incluyo en mis *Cartas finlandesas* ésta que parece no tener relación con Finlandia. El plan que yo he esbozado «grosso modo» no es invención mía; yo no he hecho más que españolizarlo. No me gustan las imitaciones; y aunque aquí he visto muchas cosas buenas no aconsejaría nunca que se las copiara, porque al copiarlas se les quitaría la virtud. Pero hay cosas de esas que llamamos prácticas, que tienen un valor absoluto, que son buenas en todas partes. Y en lo tocante a espíritu práctico y sen-

tido común, no hay pueblo que aventaje a este tan desconocido y arrinconado de Finlandia. Aquí la instrucción general es privada, y sin necesidad de intervenciones gubernativas, todo el mundo sabe leer y escribir. El estado organiza sólo la enseñanza superior. Los estudiantes forman corporación, usan como distintivo, tanto los varones como las hembras, una gorra blanca, a la que en los grados superiores se agrega un borlón monumental. Hay quien lleva la gorra descansando sobre el hombro y mira por encima de él y de ella a todos sus semejantes. Un estudiante es una personalidad social y económica.

De uno que había concluido su carrera con treinta mil marcos de deudas, oí hablar con elogio: «Cuando le fían es hombre que promete». La Corporación estudiantil tiene su pequeño palacio; la Studenthus, que dentro de sus propios fines funciona como un teatro *sui generis*, pero abierto al público como los demás.

Todo esto es imposible en España y por serlo dejo yo a los estudiantes en la Universidad bajo la dirección de sus profesores. Lo que no es imposible es que los estudiantes trabajen y se apliquen a obras útiles para la prosperidad del centro donde se instruyen. La Universidad de Helsingfors, aparte otros méritos, tiene el de ser útil a todo el mundo, a los alumnos a quienes estimula por medio de abundantes pensiones y estipendios; a los aficionados a la lectura prestando los libros, sin exigir más garantía que un recibo en que se escribe el nombre y domicilio del que se los lleva; al

público en general, convirtiendo su Paraninfo en sala de espectáculos cultos, donde lo mismo da una conferencia un profesor (y suelen venir también extranjeros) que un concierto un artista de mérito eminente. Una notable pianista venezolana, Teresa Carreño, Reisenauer, el discípulo predilecto de Lista, la cantante Eva Nansen, mujer del explorador del Polo Norte, el violinista austriaco Ondricek y muchos más han desfilado en poco tiempo por esta Universite-tetssolemnitessal. La última fiesta celebrada ha sido la del centenario del gran compositor Schubert. Según costumbre, todos los artistas dan en la Universidad uno o varios conciertos escogidos para los inteligentes, a 4 y 5 marcos la entrada y luego en Brandkorshuset (Casa del cuerpo de bomberos) un concierto popular a 1 y 2 marcos, al que concurre todo el mundo. Así se honra a los artistas, sin olvidar los derechos artísticos del pueblo.

Si en este tiempo en que los histólogos y microbiólogos son dueños de la situación, fuera yo médico, estoy seguro de que sería un ferviente hipocrático. Para mí, el que se pone malo y el que se cura es el hombre, todo el hombre; al medicamento local debe ir unido un sacudimiento inteligente de la naturaleza del enfermo, para que ésta acuda con su fuerza medicatriz innata y opere la total curación. Mi plan de reforma universitaria es también hipocrático; rada de cataplasmas ni de específicos; que las Universidades sacudan la modorra, y que por medio de la acción expelan ellas mismas sus malos humores y se conviertan en organismos sanos y robustos.



XIV.

El 1.º de Junio, día simbólico de la organización económica de Finlandia.

VART land aer fattigt skall sa bli
Foer den, som guld begaer.
En fraemling far oss stolt foerbi;
Men detta landet aelska vi,
Foer oss med moar, fiaell och skaer
Ett guldlan dock det aer.

Por si en sueco parece poco extraña esta bella estrofa del himno finlandés, del vibrante y patriótico «Vart Land», voy a darla a conocer también en lengua finlandesa, para que mis lectores saboreen con los ojos y con el oído, aunque sea en un pequeño fragmento, cuanto hay de característico y de musical en esta lengua, hablada apenas por dos millones de hombres.

On mamme koejhae, siksi jaeae
Jos kultaa kaipaa ken.
Sen kyllae wieras hyloaejhae
Mut meille kallein maa on taeae
Kanss' salojen ja saarien
Se meist' on kultainen.

«Nuestro país es pobre, así lo será—para quien oro ansie.—Un extranjero pasa mirándonos con desdén;—pero este país, nosotros lo adoramos;—para nosotros, con sus bosques, sus rocas y sus playas—es un país de oro.»

Cuando Runeberg, el poeta más grande de este país, compuso estos versos de su canto a Finlandia, no pensó de fijo, más que en ofrecer una imagen del intenso patriotismo de los finlandeses, un contraste entre la pobreza del suelo y la exuberancia del amor que tan ingrato terruño inspira a los que en él viven; y sin embargo, sus palabras tienen un valor real, una significación económica. Finlandia es pobre y es al mismo tiempo un país que da mucho oro, que vive en la prosperidad. «Vart land aer fattigt» es una muletilla que se emplea contra todos los abusos y excesos: contra el lujo, contra el alcoholismo, contra los vanidosos y petulantes que pretenden imprimir a la nación nuevos rumbos o vivir, como aquí dicen, «una vida de grande de España». Y a fuerza de repetir que el país es pobre, logran encauzar todas sus energías del modo más aprovechado y útil. Quien vive con más desahogo no es el que tiene más, sino el que administra bien lo mucho o poco que tiene. Este es el caso de Finlandia.

Desde el primer día que puse los pies en este país comencé a leer periódicos; por supuesto, sin entender lo que leía, sólo para irme acostumbrando. Y lo primero que me llamó la atención fué una lista de anuncios que empezaban todos con las palabras: «Fran 1 sta Juni»; desde 1.º de Junio. Me

figuré que en esa fecha debía ocurrir algo gordo, celebrarse acaso una fiesta nacional, como la del 2 de Mayo en España o la del 14 de Julio en Francia.— Tuve necesidad de consultar una ley recién sancionada, y vi que entraba en vigor el 1.º de Junio; pensé buscar casa y me dijeron que sería para instalarme en ella el 1.º de Junio, que para antes con dificultad la encontraría y estábamos en Febrero. En resumidas cuentas, los anuncios eran de alquiler y lo único que significaban era que aquí se toman las casas por años, de Junio a Junio, y que el día 1.º se verifica el cambio simultáneo de domicilios, la contradanza general de tratos finlandeses.

Me acordé en el acto de la viuda de Reluz. Esta viuda (por si alguien no la conoce haré su presentación en regla) es una figura novelesca creada por Pérez Galdós, o mejor dicho, descrita, puesto que la personalidad existe, y no sólo existe, sino, que continúa mudándose de casa todos los meses, arrastrando su vida de caracol, con los muebles perpetuamente a cuestas. Ese tipo nómada civilizado lo pasaría aquí muy mal, porque estas sabias costumbres no permiten a nadie bromear con los contratos de alquiler. El que no está a gusto en una casa no se ha de morir por aguantarse unos cuantos meses; en Enero la despide y busca otra, y desde que firma el contrato hasta el día 1.º de Junio puede decir, sin que lo desmientan, que tiene dos casas: una que habita y que no le gusta y otra que le gusta y que no habita.

El constructor finlandés es tardío, pero cierto;

construye para sacar rentas. Aquí no gustan de ver casas vacías, porque esas casas son un capital perdido. En su novela o estudio «Rome» habla Zola del fracaso de los «ensanchadores» de Roma, de los que creyeron que Roma, capital de la Italia unida, iba a convertirse en un coloso y edificaron a destajo casas que están aguardando aún la llegada de los inquilinos. Zola ve en estos modernos albañiles a los legítimos herederos del espíritu originario de Roma, el pueblo fundador y constructor por excelencia. Allá él se las avenga con su opinión. Yo me contento con asegurar que en todas partes hay «constructores de casas vacías», excepto aquí, donde se posee un finísimo olfato económico. Si en España hiciéramos un balance de las casas que tenemos desalquiladas y del capital amortizado que representan, sacaríamos quizás millones bastantes para recoger toda la deuda exterior y para que se quedaran dentro de casa los intereses que van al extranjero.

A mí me daba que pensar esa circunstancia de mudarse todo el mundo a la vez; me figuraba algo semejante a una movilización en caso de guerra. Sin embargo, el problema queda resuelto con gran suavidad; no ocurre nada ni se entera uno de nada. La fecha de 1.º de Junio está muy bien elegida: es la divisoria entre las dos grandes estaciones del año; el invierno y el verano. La primavera y el otoño existen, pero sin carácter. El verano dura de Junio a Septiembre, en que empieza el otoño y con él los primeros avances del invierno; y éste no se despide hasta que los mares se deshuelan, a

fines de Abril o comienzos de Mayo. En Junio, pues, se abre la vida veraniega y muchas familias se van al campo, a sacar todo el jugo posible a la bella estación; los estudiantes levantan el vuelo; las playas se pueblan de anfibios, y las ciudades se quedan medio desiertas. Cuando se reanuda la vida regular, cada familia aparece en su nueva casa. El 1.º de Diciembre, entrada oficial del invierno, hay también una pequeña contradanza en la que se busca el acomodo definitivo.

No faltarán censores graves, que critiquen el sistema finlandés y se declaren en contra de tan extremada tacañería arquitectural. Estando las casas tasadas, temerán que si la población crece de repente, haya quien se quede en la calle, y lo que es más sensible aún, que los propietarios se aprovechen de la ocasión, y pongan los alquileres por las nubes. Así pensaba yo también, y después he tenido que rectificar. El alquiler es aquí un tanto por ciento del capital empleado, una cantidad fija y prefijada, que no admite discusión ni regateo. Cuando faltan casas no se aumenta el alquiler de las que existen, sino que se construyen casas nuevas. El alquiler es muy elevado, la construcción de casas es un buen negocio, y sin embargo, no se construye más que lo preciso. Esta parsimonia es sin duda engendrada por el sutil instinto económico de que antes hablé, el cual se muestra en formas varias inagotables.

He notado al hacer los pagos corrientes, que ni una vez he recibido de vuelta 50 p:i en calderilla ni 5 fms. en plata.

Fms. son markkas o marcos finlandeses; equivalentes a pesetas, y p:i penni, céntimos.

El céntimo es útil hasta 4; para 5, 10, 15 o 20 hay monedas de cobre de 5 y 10 céntimos; para 25 y 50, monedas de plata; de 1 marco a 4, monedas de plata de 1 o 2 marcos; y de 5 en adelante, billetes de 5, 10, 20, 50, etc. Estos billetes son pagaderos en oro, pero son preferidos al metal. El oro está en los Bancos; apenas circula.

Salvo en un caso excepcional, cada moneda tiene su uso marcado por su valor. El marco tiene uso entre 1 y 4; al llegar a 5 no tiene ya nada que hacer, puesto que cuesta el billete de 5. Si yo pagara aquí 100 marcos con plata me mirarían con extrañeza, si diera un duro en calderilla me echarían a la calle, y si sacara una peseta en «chavillos» me encerrarían en el manicomio. No comprenderían, no comprenden que haya quien se complazca en dificultar una cosa tan indispensable y corriente como el empleo de la moneda. La fraccionaria debe sólo servir para los pagos menudos; no invadir ni ensuciar los bolsillos de los míseros mortales; suprimen hasta el duro por demasiado grande, y lo sustituyen con el billete de a 5 marcos, merced al cual, la circulación fiduciaria, anula casi por completo la de moneda metálica.

Por si estas simplificaciones no fueran bastantes, se acude a otra mayor; por no tener el dinero ni en billetes, se les transforma en una libreta de ahorros, o en un talonario de cuentas corrientes o en algo por el estilo; combinaciones no faltan,

porque aparte del Banco oficial, que tiene el privilegio de emisión, hay numerosos Bancos que se ingenian por recoger los ahorros del público y sacarles la utilidad. Hay quien tiene en el Banco, no ya los ahorros, sino hasta el dinero dedicado a los gastos del día, y quien paga con un cheque cuentas de 10 o 12 marcos. Una cuenta corriente es en España, para los pobres, algo incomprendible; aquí tiene cuenta corriente cualquier pelagatos. Y la razón de la diferencia, es que aquí dan de interés el 2 0/0, mientras en España no dan nada y aun ponen algunas cortapisas.

Un empleado cobra su sueldo y en vez de llevarlo a su casa lo deja en un Banco; después va pagando con cheques y a fin de mes no tiene nada en el haber; repite la operación doce veces y al terminar el año se encuentra con que el Banco, después de guardarle los fondos y pagarle las cosas más menudas, le da de intereses 15 o 20 pesetas, por ejemplo; ya hay para comprarse un par de botas, o un gorro o una camisa. El atractivo es pequeño, pero basta para domar a los espíritus más medrosos y obligarles a soltar el trapillo. Los Bancos no ganan ciertamente sumas fabulosas con tan estrujados y alambicados procedimientos; pero aunque no ganen, cubren los gastos y dan de comer a un numeroso personal, en el que las señoritas tienen numerosa y selecta representación.

Y el resultado final de estos refinamientos es que no haya un céntimo en estado de reposo; que

la poca o mucha riqueza del país, esté siempre en manos hábiles que sepan extraerle el jugo.

En Finlandia podemos registrar arcas y armarios con la seguridad de no hallar ningún «rincón»; se ignora lo que es una «talega» y a nadie se le ocurre utilizar las medias y calcetines para poner a buen recaudo sus caudales.